

¡QUÉ COMIENZO!

Este año, el comienzo de las clases parece un poco accidentado.

Para empezar, está lo de la máquina del tiempo. Resulta que volviendo de las vacaciones encontramos el camino muy congestionado. No tomamos en cuenta que Marte está en su punto más próximo a la Tierra, y todo el mundo aprovecha para volver el mismo día que nosotros. Parece mentira que unos pocos millones de kilómetros te lleven horas y horas, pero así es.

El asunto es que vamos a llegar mañana, y papá tendrá que pagarme un día de máquina del tiempo para que pueda venir hoy a la escuela. En otras palabras: ahora estoy acá, con mis compañeros, mientras a la vez nos arrastramos desde Marte en un viaje lentísimo. Mejor no me pidas los detalles.

A las ocho de la mañana aparezco con uniforme y mochila en la puerta de la escuela. Pero la escuela todavía no está puesta. Claro, como el espacio escasea en la ciudad, durante el verano desarman las escuelas, las guardan en algún depósito en órbita y usan el lugar para otra cosa. Pero nadie se da cuenta de que armar una escuela es algo complicado, y nunca terminan a

tiempo de armarlas otra vez. Tenemos que preguntar, mis compañeros y yo, por dónde andan los pedazos.

Nuestra aula está en un camión enorme, de los que se usan para transportar aulas. El robot conductor nos mira con mala cara, tal vez porque es la única que tiene y no la puede cambiar. Subimos, y una vez adentro empezamos a saludarnos a gritos, como se debe.

A la maestra le toma un rato calmarnos. Cuando piensa que podemos oír la empieza a decirnos algo sobre bienvenidas, etapas de la vida, el año que se inicia y todo eso. Se la ve un poco distraída, como si no pudiera enfocarnos bien con la mirada. Y de pronto, en mitad de una frase, titila. Titila, sí, como una estrella en medio de la noche o la pantalla de la computadora cuando fallan las conexiones.

—¡Es un holograma! —grita alguien.

—Sí, chicos —confiesa la maestra mientras se golpea una oreja para arreglar el mecanismo—. Es que estoy en la ruta de Marte y el tránsito anda muy lento. Pero no se preocupen, llego en persona dentro de un ratito.

Mejor que papá ni se entere de esto. Los hologramas son mucho más baratos que la máquina del tiempo. Claro, está prohibido que los niños los usemos para venir a la escuela, y medio lo entiendo. Pero las maestras, cuando no tienen otro remedio, pueden. Eso sí, ahora sabemos que la maestra no nos ve realmente, que está delante de una simulación de aula, una

especie de dibujo tridimensional donde cada uno de nosotros aparece representado por un muñeco virtual. Así que no tenemos que portarnos tan bien como de costumbre.



Bueno, mejor me salto un rato de lo que pasa. Hay cosas que es preferible no contar en detalle. Entonces, voy directamente al momento en que el holograma de la maestra se desvanece en el aire y en su lugar aparece una nube de chispitas que, poco a poco, toma forma de persona y al final acaba por convertirse en la maestra de verdad. La maestra de carne y hueso, que acaba de usar un verdadero teletransportador para venir a darnos clase. ¡Y eso es todavía más caro que la máquina del tiempo!

Volvemos a nuestros lugares.

—Bueno, chicos —dice la maestra—. Por fin podemos empezar en serio. Quiero decirles que...

Pero no logra decirnos nada, porque justo ahora el aula se sacude de tal forma que tenemos que agarrarnos a los pupitres para no caernos. Y como los pupitres no están agarrados a nada, nos caemos de todas maneras.

Una grúa acaba de levantar el aula del camión y la está trasladando a su lugar en la

escuela. Nos amontonamos todos en la ventana para mirar, mientras la maestra termina de asegurarse de que no se lastimó nadie. Es maravilloso: vemos la escuela desde arriba, casi terminada. Saludamos a la gente que pasa. Saltamos de contento hasta que la grúa deposita el aula en su sitio entre otras dos aulas. Ahora que todo es como debe (la escuela está puesta, la maestra llegó en persona), varios de nosotros levantamos la mano, mientras decimos al mismo tiempo:

—¿Puedo ir al baño?

Pero resulta que no todo es como debe, todavía. Cuando llega la hora de lectura la maestra descubre que los audífonos de leer no funcionan. Le manda un mensaje a la directora para preguntarle, y la directora contesta que en algún mal movimiento la grúa aplastó un cable. Los cascos de leer van a seguir así toda la semana.

No nos queda más remedio que ir a la vieja sala de lectura. La de los libros en papel.

La vieja sala de lectura está en un sótano. Es la única parte de la escuela que se queda en su lugar durante el verano, tapada por un metro de tierra fresca y una buena capa de pasto. Un robot cavador termina de quitar la cubierta, y lo que vemos parece la entrada de una vieja cripta. Escalones de piedra rotos por el tiempo. Lombrices. Olor a podrido. (Todos sabemos cómo son las viejas criptas por los juegos de computadora. Están llenos de viejas criptas).

A la maestra le tiembla un poco la voz cuando nos dice que ella bajará antes para

prender la luz y comprobar que todo está bien. Y allá va, escalón por escalón, despacito, hasta perderse de vista. Se nota que ella no juega a los mismos juegos que nosotros. Nos quedamos todos callados, mirando el pozo oscuro. Nos imaginamos las toneladas de papel antiguo que esperan allá abajo, los metros y metros de libros apretujados en los estantes, a punto de aprisionarla. Finalmente se distingue un brillo apagado, amarillento, que también tiene algo de antiguo.

—¡Bajen, niños! —oímos, apenas, que grita la maestra. La voz le suena ronca. O tal vez sea el aire espeso, el moho, el polvo de siglos.

Y bajamos, saltando y gritando, felices. Si el primer día es un anuncio de lo que vendrá, los meses de clases van a ser incluso mejores que las vacaciones.

LUCIÉRNAGA INTERGALÁCTICA

La otra noche acababa de sentarme en el sofá para leer, cuando llegó de la cocina un ruido espantoso. Era como una radio a todo volumen en la que un locutor enloquecido gritara cosas en otro idioma, con voz robótica:

—¡Frapt cotropt atrupipt sincrapt! ¡Rupt!

Para cuando la voz terminó de decir todo eso, yo ya había dejado el libro a un costado, me había levantado de un salto y estaba caminando hacia la cocina.

—¡Crompt farupt indrigufript! ¡Lupt!

No era sólo el ruido. La lamparita del techo se encendía y se apagaba, a razón de un parpadeo por segundo. La llave del agua se abría, soltaba un chorro, volvía a cerrarse, se abría otra vez, y así.

—¡Prontopt probandopt ajustept
lenguajept! —gritó la voz—. ¡Yapt!

En medio de la cocina volaba una luciérnaga, trazando círculos y espirales hacia arriba y hacia abajo. No era como las luciérnagas conocidas. Emitía un destello azul, otro rojo, otro verde, y vuelta a empezar. Por otra parte, las luciérnagas conocidas no hacen el ruido que hacía esta.

Al otro lado de la ventana, la luna llena parecía tener ganas de reírse de algo.

Fui hasta la alacena, la abrí y saqué una tabla de madera y un vaso de boca ancha. Con ambas cosas en las manos, me acerqué lentamente a la luciérnaga.

—¡Terráqueospt! —dijo el bicho entretanto—. ¡Nopt nopt nopt! ¡Ufapt! ¡Corregirpt! ¡Pruebasc! ¡Pruebarf! ¡Prueba! ¡Ahora sí!

Separé las manos, con el vaso en la derecha y la tabla de madera en la izquierda. La luciérnaga revoloteaba con ganas, pero repetía bastante sus volteretas, así que pronto le agarré el ritmo.

—¡Terráqueos! —gritó—. ¡Ríndanse de inmediato al poder superior de nuestra especie!

Con un movimiento rápido junté las dos manos. ¡Clop! La luciérnaga quedó atrapada dentro del vaso. Se golpeó varias veces contra el vidrio y contra la madera.

La lamparita dejó de titilar. La llave se tranquilizó.

—¡Ataque a traición! —gritó la luciérnaga—. ¡Activando defensas!

Una nube verde salió de la luciérnaga y llenó el vaso. La voz se puso a toser. Con cuidado, apoyé la tabla de madera en la mesa y moví todo de manera que el bicho no pudiera escapar. Después me senté frente al vaso y dije:

—¿Alguien me puede explicar qué es esto?

La voz se quedó un momento en silencio. Poco a poco, la nube de humo verde se fue

despejando. Ahora la luciérnaga flotaba inmóvil en el centro del vaso.

—¡Terráqueos! —gritó la luciérnaga, tan fuerte como siempre, aunque ahora sonaba un poco ahogada por el vidrio—. ¡Venimos de una civilización intergaláctica, a conquistar su planeta! ¡Toda resistencia será inútil!

—¿Cómo “venimos”? —pregunté—. Yo sólo veo una luciérnaga.

—¡Luciérnaga, nada! —respondió—. ¡Esta es una nave de guerra, tripulada por los soldados más feroces del universo! ¡Los terráqueos no tienen posibilidad de vencernos!

Le di un golpecito al vaso, como para recordarle a la luciérnaga que la tenía atrapada.

—A mí me parece al revés —dije.

—¡Error! —gritó—. ¡Tenemos el control de sus fuentes de energía! —la lamparita parpadeó una vez, para demostrarlo—
¡Dominamos sus recursos naturales! —la llave se abrió y volvió a cerrarse.

—Impresionante —acepté—. Pero tengo que recordarle que acabo de encerrarlo en un vaso.

—¡Eso no detendrá a nuestra flota invencible! ¡La flota más descomunal, interminable y aterrorizadora del universo se hará cargo de su planeta, terráqueo!

—¿Descomunal? —pregunté.

—¡Más de lo que su mente puede imaginar!

—¿Interminable?

—¡Suficiente para dominar cualquier mundo!

—¿Y qué más era?

—¡Aterrorizadora!

—Ajá —dije.

La verdad es que empezaba a ponerme un poco nervioso. Una nave del tamaño de una luciérnaga era una cosa, pero ¿qué pasaba si la flota tenía, digamos, un millón de esas naves, cada una controlando una lámpara y una llave a lo largo y a lo ancho de la ciudad? ¿Y si en vez de un millón eran cien millones? ¿Mil millones? ¿Un cuatrillón?

Lo mejor era preguntar.

—¿Se puede saber cuántas naves tiene la flota?

—¡Hemos dicho que más de lo que su mente puede imaginar!

—Sé contar hasta números muy altos, ¿eh? Y si no, fíjese: un millón, un millón uno, un millón dos...

—¡Está bien, terráqueo! ¡Usted lo ha querido! ¡Prepárese para la mayor revelación de su vida! Las naves de nuestra flota son ni más ni menos que...

Hizo una pausa. Sonó algo parecido a un redoble, pero tal vez me lo imaginé. Al final, más gritona que nunca, la voz dijo:

—¡Setenta y tres!

Disimulé la carcajada con una tos, aunque no muy bien.

—De acuerdo —dije después, todavía agitado por la risa—. Son un montón y me dan mucho miedo. ¿Me puede decir qué quieren de nuestro planeta?

—¡Así se habla, terráqueo! ¡Lo que queremos es la materia prima esencial para nuestra vida! ¡Roca gris!

Me pareció que había entendido mal.

—¿Roca gris?

—¡Maravillosa roca gris! ¡Si es en polvo, mejor!

—Pero acá no tenemos tanta roca gris —dije.

—¿No? —la voz parecía sorprendida.

—Bueno, sí, hay. Pero no en polvo. Y para encontrarla van a tener que cavar o irse lejos de la ciudad...

Jamás imaginé que iba a ver una luciérnaga decepcionada, y menos una intergaláctica. Pero eso pareció la que tenía dentro del vaso. Dejó de emitir destellos. Bajó un par de centímetros, hasta rozar la tabla de madera. Y no dijo una palabra.

Sin levantarme, miré por la ventana al cielo de la noche. Se me ocurrió una idea.

—Si les digo dónde encontrar montones de roca gris, en polvo, ¿van a dejar de molestar?

—¡Afirmativo! —dijo la voz, no tan fuerte como antes.

Abrí la ventana, levanté la tabla con vaso y todo, y señalé el cielo.

—¿Ven eso? —dije—. Se llama Luna. Está hecha de roca gris.

—¡Excelente! —dijo la voz—. ¡No sé cómo pudimos pasar sin verla!

—Vayan allá, entonces. Queda cerca.

Separé el vaso de la tabla. La luciérnaga empezó a destellar otra vez y se alejó unos centímetros.

—¡Adiós, terráqueo! —dijo—. ¡Iremos a conquistar la Luna!

Se alejó con rapidez. En un segundo la perdí de vista. Después cerré la ventana, porque era invierno y entraba mucho frío.



EL VACACIONATRÓN

Todo el mundo se va de vacaciones a Sirio o a Ganímedes. ¡Habiendo tantos lugares diferentes! La gente no tiene imaginación. Dice el abuelo que siempre fue así: antes era la playa o la montaña, ahora es Sirio o Ganímedes. Todos viven las mismas vacaciones, de la misma manera, en los mismos lugares.

Nosotros no.

Hace unos años papá compró un Vacacionatrón, y desde entonces nuestras vacaciones son únicas, emocionantes, irrepetibles.

El Vacacionatrón es una cabina donde cabemos los cuatro (mamá, papá, mi hermano y yo. El abuelo se la pasa en Ganímedes). En la pared hay una pantalla de computadora en la que aparecen páginas y páginas de opciones. Funciona así: uno elige las que quiere, aprieta un botón verde y el Vacacionatrón lo traslada, en un segundo, al lugar correspondiente.

Las opciones son tantas y tan variadas que siempre encontramos alguna nueva. Cada una tiene un control que se desliza entre dos extremos, donde hay cosas como “Mucha Agua” y “Nada de Agua”, y uno puede elegir cuánto de eso quiere.

Algunas de mis favoritas: “Muchos Soles – Ningún Sol”, “Extraterrestres Charlatanes

– Extraterrestres Mudos”, “La Comida Se Mueve En El Plato – La Comida No Se Mueve En El Plato”, “Con Explosiones – Sin Explosiones”. Y así.

Cuando se enciende el Vacacionatrón, los deslizadores aparecen en el punto que corresponde al planeta de origen de uno. Cuando una opción no se aplica (por ejemplo, “Transgafaros Siempre Activados – Transgafaros Nunca Activados”), el deslizador está en el centro. Si no cambiáramos nada, al apretar el botón verde iríamos a parar... ¡al lugar donde estamos ahora!

El fabricante recomienda ir moviendo unas pocas opciones, para probar, “hasta encontrar la diferencia justa entre rutina y novedad que garantice unas vacaciones maravillosas” (así dice el manual). Y me imagino que mucha gente hace caso. Pero si la recomendación es en serio, ¿para qué pusieron ese botón rojo, brillante, enorme, en mayúsculas, que dice “AL AZAR”?

La primera vez nos llevó unos cinco minutos de discusiones darnos cuenta de que ese botón estaba hecho para nosotros. Cada opción recibía cuatro opiniones diferentes (“¡Más Tortugas!”, mi mamá. “¡Muchas Menos Tortugas!”, mi hermano. Todo así). Al final señalé el botón rojo, y fue en lo único que estuvimos de acuerdo. Con entusiasmo.

Al azar, entonces, el Vacacionatrón nos llevó a nuestras primeras vacaciones diferentes.

Estábamos en un pueblito junto al mar. En el cielo, un sol medio anaranjado y dos lunas verdes. Las casas, blancas y en forma de hongo, se agrupaban alrededor de una torre altísima. Los habitantes tenían el mismo color de sus lunas, unas cuantas piernas y ojos triangulares. Nos sonreían y hablaban nuestro idioma. El café con leche del hotel, según mamá y papá, era asqueroso.

En la playa, las olas venían bien mansas, justo hasta la punta de mis pies.

—Qué aburrido —dijo mi hermano.

—Qué mala suerte —dijo mamá—. Con tantas opciones, nos tuvo que tocar un lugar tan común.

Eso fue en la mañana del primer día.

Al mediodía empezaron a sonar las campanas. Venían de todos lados: de adentro de las casas, de abajo del agua, de entre las nubes. Hasta parecía que en nuestros estómagos hubiera campanas. Los lugareños se volvieron locos: empezaron a mover todas las piernas a la vez y saltaban de acá para allá gritando:

—¡A la torre! ¡A la torre!

Y en el sacudir de piernas, para acá y para allá, de algún modo lograban hacer lo que decían: todos se dirigían a la torre del centro del pueblo.

—¿Qué pasa? —preguntó papá.

—¡Arriba, rápido! —contestó el dueño del hotel, mientras se alejaba corriendo en varias direcciones a la vez.

Agarramos lo que pudimos de nuestras cosas y fuimos tras él.

En la torre no había elevador. La escalera caracol era muy empinada y, como es lógico, estaba más preparada para los lugareños que para nosotros: no había dos escalones iguales, se entrecruzaban, a veces bajaban para luego subir de golpe. El caso es que nos divertimos muchísimo subiendo, aunque siendo los únicos humanos nos llevó mucho más tiempo que a los demás.

La torre terminaba en una terraza amplia, a doscientos o trescientos metros de altura. O cuatrocientos, quién sabe. El pueblito se veía minúsculo allá abajo. Y más allá, en el mar...

—¿Qué es eso? —preguntó papá.

“Eso” era la Ola. Todavía estaba lejos, pero se acercaba a toda velocidad. La Ola tenía la altura justa para pasar un par de metros por debajo de nuestros pies, allá arriba en la cima de la torre altísima.

—Pero es la más alta —aclaró el hotelero—. La de los viernes no le llega ni a la mitad.

* * *

Otra vez, el Vacacionatrón nos llevó a una especie de barco gigante, un velero que se movía por el aire, a gran altura entre las montañas. Los paisajes eran maravillosos, la

comida no tanto. El tema era que en todo ese mundo había muchos habitantes y pocos barcos, de manera que el lugar escaseaba. No podíamos estar todos a bordo al mismo tiempo.

La solución: por turnos, a un tercio de los presentes se les ponía una especie de arnés, se les ataba a una cuerda y se les dejaba colgar por fuera de la borda, balanceándose en el aire, allá abajo.

Fue emocionante. Por suerte, nos dejaban colgar con la cámara de fotos: papá dice que ahí sacó las mejores imágenes de su vida.

* * *

Y el año pasado, cuando salimos del Vacacionatrón, no veíamos nada.

Flotábamos en el aire, a oscuras, agarrados de la mano para no separarnos. Cada tanto, un aullido distante nos indicaba que no estábamos solos.

Creíamos que iban a ser unas vacaciones muy monótonas, hasta que nos fueron a buscar y nos dieron los equipos de radar.

Pasamos los diez días más raros de la historia, viviendo como murciélagos en una caverna infinita.



De manera que ahora que nos metemos en el Vacacionatrón por cuarta vez, no tenemos idea de dónde iremos a parar.

—¡A que vamos a estar dentro de una estrella! —apuesta mi hermano.

—¡A que nos toca una casa de hielo! —apuesto yo.

Papá deja pasar una página de opciones tras otra. “Mucha Gravedad – Poca Gravedad”, “Televisión Todo el Día – Nada de Televisión”. Como siempre, las ignoramos. Al final, papá estira el dedo índice hacia el gran botón rojo. Todos juntos hacemos la cuenta regresiva:

—Tres... Dos... Uno... ¡Ya!